

mente lo había sido en Lyon. El fiscal Segurier denunció en 25 de mayo la *Historia filosófica*, como producción funesta á la sociedad y á la Religión. «La impiedad, la audacia, el desprecio á los soberanos y el espíritu de independencia están, dijo el abogado, tan profundamente marcados en esta obra, que puede decirse que el autor ha confeccionado un código bárbaro, cuyo objeto es trastornar los fundamentos del orden civil. Reuniendo todas las partes del sistema difundido en el conjunto de esta historia, podría trazarse el plan de trastorno general contenido en tan espantosa producción.» El magistrado declamó con violencia contra los principios de Raynal é indicó el objeto á que este escritor arrebatado y fogoso se dirigía. En vista de su dictámen, largo y enérgico, el parlamento mandó que el libro fuese quemado y su autor conducido á una prision. Pero Raynal tuvo aviso y pudo fugarse antes de ser arrestado, y emigró á los Países-Bajos, donde no habiendo podido tampoco parar á causa de su libro, tuvo que refugiarse en los Estados del rey de Prusia.

Tres años mediaron entre la censura dada contra la *Historia filosófica* y la de los *Principios de moral*, escritos por Mably.

Singular fué el destino del autor de esta última obra. «Ni la Religión, ni el gobierno, ni la gloria, ni los anales de Francia y de las demas naciones de Europa, dice Mr. Barante (1) le parecieron dignos de fijar su atención. Sus libros eran mucho menos un encomio de la antigüedad, que un ataque contra todo lo existente. Menos veneracion inspiraban hácia las instituciones de los tiempos pasados, que desprecio hácia sus instituciones modernas. Claro está, pues, que lo que se había propuesto era destruir. Sin embargo, no estaba unido con los filósofos aunque se dirigía con ellos al mismo objeto.» D'Alembert, hablando de este autor, decia: «El odio

(1) *Ensayo sobre la literatura francesa.*

que Mably ostenta contra la filosofía es tanto mas extraño, cuanto nadie parece mas adherido que él, tanto en sus conversaciones como en sus escritos, á las máximas anti-religiosas y anti-despóticas (1).»

Una triste esperanza, dicen las *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (2), no había enseñado aun á apreciar en su justo valor á aquellos espíritus abstractos, que se daban á sí mismos la mision de gobernar los Estados; que tomando sus propias ideas por sólidos principios, se empeñaban en trastornar cuanto se oponia á ellas, sin cuidarse de los resultados, redactando constituciones para los pueblos sin consultarlos y hasta sin conocerlos, y sometiéndolos imperiosamente al tipo arbitrario adoptado por su metafísica. Mably no se libró tampoco de esta mania. Sus *Principios de moral* son, aunque en otro género, una prueba del espíritu sistemático del autor. Su obra se divide en tres libros: en el primero habla de las ventajas de las pasiones; en el segundo, de las virtudes; y en el tercero, destinado á tratar del desarrollo de las pasiones, presenta una especie de teoría de educacion. Por lo demás, desempeña su plan poco mas ó menos como lo hubiera podido hacer un pagano, ó mas bien revela alguna vez principios que un pagano virtuoso no se hubiera atrevido á confesar. Al hablar de las virtudes, no dice ni una sola palabra de las que tienen á la Religión por base y por motivo, y escluye de ellas formalmente al amor de Dios. No dá á su moral mas sancion que el interés del individuo, si está solo, ó el de la sociedad si de ella forma parte. Despreciador de su siglo, no ve en él mas que almas venales y corrompidas, no halla objeto de admiracion mas que en los sábios de la Grecia, en los estóicos y otros héroes de la antigüedad. En fin,

(1) Carta á Voltaire, de 6 de marzo de 1772.

(2) T. 3, p. 44-46.

cuando trata de la educacion, ni una sola palabra dice de Dios ni de la Religión, pues para el ímpetu de las pasiones no opone mas freno que algunos consejos frios, vagos y sin proporcion con el peligro, y aun en ciertas ocasiones halla disculpas para el vicio y dice no se atreveria á condenar en un joven ciertos desórdenes pasajeros. Tales eran las máximas que se daban como principios de moral. La Facultad de teología despues de haber examinado la obra, la condenó el 1.º de junio de 1784 «por contener proposiciones respectivamente falsas, capciosas, escandalosas, erróneas, contrarias á la palabra de Dios, injuriosas á la Religión cristiana, á la religion natural, perniciosas á las costumbres y perjudiciales á la sociedad.» Mably reconoció, segun dicen, sus errores en el lecho de la muerte, y fué mas dichoso que Voltaire, cuyo espantoso fin hemos referido.

A pesar del horror que naturalmente debió inspirar este fin, no faltaron hombres que, no contando con Dios para nada, se ocuparon en erigir un monumento al patriarca de la filosofía, recogiendo todas sus obras en una edicion mas completa y esmerada.

Beaumarchais, que por su posición, actividad y amor á la filosofía, se hallaba en mejor situacion que nadie para la ejecucion de tan grande proyecto, fué el móvil de la empresa. El marqués de Condorcet redactó las advertencias y las notas, cuyas espresiones y violencia llegan á una altura que llenan de confusion. En fin, se anunció la edicion por medio de un prospecto que realzó á su manera el mérito de la coleccion. No disputaremos á los panegiristas de Voltaire los grandes talentos de este escritor. Admiren, si asi lo quieren, las gracias de su estilo, lo ameno de sus libros de historia, lo brillante de sus poesías, la natural facilidad de sus cartas.... enhorabuena. Que se hubiera publicado una edicion de sus obras, es decir, de aquellas que no afectan á la Religión, ó no siendo esto po-

sible, por lo menos de las que no le son abiertamente contrarias, sea tambien enhorabuena. Pero que se reprodujeran escritos tantas veces y tan dignamente proscritos; que se reimprimiera lo que desgraciadamente estaba ya hartamente divulgado; que se permitiera insultar á la Religión, á la moral y al gobierno con tantos folletos licenciosos y satíricos; que de este modo se aumentase el mal, lejos de aplicarle remedio, esto es lo que la prudencia no concibe, esto es lo que el interés de la sociedad reclamaba altamente se hubiera impedido. Todo lo contrario sucedió, pues se dejó á los editores proseguir su obra con la mayor tranquilidad.

Generalmente los hombres religiosos reclamaron contra este nuevo insulto hecho á la Religión: la Sorbona, en su censura contra el libro de Raynal, se lamentó del exagerado aparato de esta edicion; el ilustre Mr. de Beaumont escribió á los ministros rogándoles que no toleráran semejante escándalo; Mr. de Pompidon, arzobispo de Viena de Francia, en su pastoral de 31 de mayo de 1784, prohibió á sus diocesanos el suscribirse á la obra, y Mr. de Muchault, obispo de Amiens, imitó su ejemplo. La asamblea del clero, celebrada por extraordinario en 1782, presentó dos Memorias al rey, una solicitando un reglamento contra los malos libros, y otra quejándose de dicha nueva edicion. Esta misma asamblea alentó y concedió pensiones á escritores sábios y cristianos, entre otros á Berthier, antiguo jesuita, no menos distinguido por su talento que por su piedad; tambien asignó una considerable suma para principiar la edicion de las obras de Fénélon, que efectivamente se publicaron algunos años despues. Pero nada pudo conseguir respecto á las obras de Voltaire. Solamente se consiguió que se aparentara poner á su edicion algunas trabas, haciéndolas imprimir fuera del reino; pero tan cerca que no había mas que pasar un puente para entrar en Francia. En Kehl, á las puertas de Estrasburgo, fué en don-

de se colocaron las prensas; pero por lo demás, la obra entró libremente y circuló lo mismo, pues el decreto del Consejo de 3 de junio de 1785 que prohibió la edicion, no fué mas que un simulacro de prohibicion. Acababa de abrirse la asamblea del clero de 1785, y como no se podia menos de esperar que hiciese representaciones sobre el particular, se quiso prevenirlas dándole una especie de satisfaccion. Dulau, arzobispo de Arlés, se quejó efectivamente de la venta de la nueva edicion, y en vista de su informe, la asamblea escribió al rey. Mas todas estas nuevas representaciones no tuvieron mejor suerte que las anteriores. El duque Orleans permitió que la obra se vendiese en los pórticos de su palacio, y el clero tuvo que sufrir el insultante aparato con que á los quince dias despues de presentada la queja, mandó el gobierno hacer una visita domiciliaria en casa de Beaumarchais, en cuyos almacenes ya se sabia que no habia ningun ejemplar.

Sin embargo, como observa el sábio autor de las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, nada hubiera debido llamar tanto la atencion como el espíritu que habia presidido á la redaccion de aquella publicacion, en la que se habian insertado los escritos mas condenables, asi como los mas inocentes. En ella los editores habian incluido un poema demasiado conocido, en el que la impiedad y el desenfreno se dan mutuamente la mano, y aquellos cuentos licenciosos en los que el autor se burlaba de toda clase de objetos, y las supuestas historias filosóficas, en que con tan enojosa obstinacion insultaba al cristianismo repitiendo eternamente los mismos sarcasmos y las mismas chanzonetas, que por lo comun ni siquiera tienen el mérito de la originalidad. Tambien formaban parte de la Coleccion y no era por cierto la prueba menor de la audacia de los editores aquella Correspondencia en que se detallan tan francamente los proyectos de Voltaire y los medios que empleaba para conseguirlos; aquella Cor-

respondencia en que tan á menudo se recomienda *aplantar al infame*, en la que alienta tan enérgicamente á sus amigos á perseguir al *infame* y á escribir contra el *infame*; aquella Correspondencia, en fin, que prueba que durante los veinte últimos años de su vida la destruccion de lo que él denominaba *infame* fué el blanco de todos sus escritos y de todos sus esfuerzos. Los amigos de este filósofo se habian algunas veces entretenido en sostener que todo lo que se habia dicho sobre el particular era una calumnia; pero cuando llegaron á ser mas fuertes y numerosos, no hicieron ya ningun misterio de lo que ellos consideraban como un título de honor para Voltaire, y no temieron proclamarle altamente como jefe de un partido resuelto á valerse de todos los medios para anonadar la Religion. Condorcet, en la *Vida de Voltaire* inserta en dicha edicion, reconoció formalmente la existencia de este partido, y solo en su *Vida* lo prueba con evidencia. Dificil era llevar mas allá la animosidad contra el cristianismo y la mania de combatirlo, que lo que Condorcet lo hizo en dicha *Vida*. El escrito á que nos referimos, mas que un continuado panegírico de su amigo es una sangrienta proclama contra una creencia que ha civilizado al mundo. Condorcet no tiene ningun reparo en decir que no deben recomendarse demasiado las buenas costumbres, por miedo de estender demasiado el poder de los curas.

Sin embargo, el pais que caia en todos estos escesos, y que producía libros tan perniciosos, aun no habia incurrido en las últimas maldiciones del cielo. Aun habitaban en él mas de siete justos, apartando con la fuerza de sus virtudes los terribles resultados de la cólera de Dios. En el número de estos justos ha distinguido la Iglesia á Benito José Labre, que el Señor mostró á la Francia como para confundir su molicié y hacerla ruborizar de su cobardía.

Benito José, hijo de Juan Bautista Labre,

labrador y tendero, y de Ana Bárbara Grandisire, nació el 26 de marzo de 1748 en Amette, parroquia de la antigua diócesis de Boloña (1). Sus padres le inspiraron desde muy niño el amor á la virtud que ellos profesaban, y tuvieron la satisfaccion de ver dignamente recompensados sus cuidados. El carácter del niño, aunque vivo, nada tenia que no fuera dulzura y docilidad; asi es que no se separó un momento de las saludables lecciones de sus padres, y en su primera infancia se dió á conocer por su piedad é inocencia. Ningun atractivo tenian para él los juegos de la infancia. Habiendo sido desde muy pequeño enviado á la escuela y luego puesto bajo la direccion de un buen sacerdote en la parroquia de Amette, el virtuoso niño demostraba el mayor afán al estudio y sobre todo al de la Religion. Este fué el motivo por el que al cumplir doce años sus padres le confiaron al cuidado de su tio, Francisco José Labre, párroco de Erin. Este era un sacerdote lleno de piedad, que al descubrir las maravillas de la gracia en su sobrino, trató de disponerle para la primera comunión. José Benito puso un estremado esmero por su parte, hizo una confesion general, y recibió el pan de los ángeles con un fervor digno de ellos. Su tio le enseñaba el latin y le enviaba á la escuela de su parroquia. La discrecion, modestia y recogimiento del jóven escolar le granjearon prontamente el aprecio de sus condiscípulos, que casi le respetaban mas que á su maestro. Desde aquella fecha data aquella vida de oracion, soledad y desprendimiento que continuó hasta la hora de su muerte. La lectura de los sermones del P. Le Jeune, célebre predicador de la Congregacion del Oratorio, mas conocido por el nombre de el *P. Ciego*, hizo en su ánimo una impresion profunda y acabó de disgustarle del

mundo al que en realidad nunca habia tenido aficion. A los quince años resolvió retirarse á la Trapa, y solicitó el permiso de su tio, asi como el de sus padres. El primero no combatió su propósito; pero estos se opusieron con toda su autoridad, aunque posteriormente no los halló tan contrarios á sus deseos.

La sumision del niño José á la voluntad de sus padres le habia hecho permanecer al lado del cura de Erin; mas una enfermedad contagiosa que de allí á poco se declaró en la parroquia, y durante la cual aquel buen sacerdote mostró la mayor caridad hácia el prógimo, le privó de tan útil apoyo. Aquel buen pastor, despues de haber empleado sus rentas y patrimonio en beneficio de sus ovejas, se sacrificó él mismo; pues administrando los socorros de su ministerio, contrajo la enfermedad que afligia á su rebaño, y pasó á mejor vida. El jóven siervo de Dios sintió vivamente esta pérdida y sacó de ella un nuevo motivo de reflexiones acerca de la inestabilidad de las cosas de este mundo. De regreso á la casa paterna, renovó sus instancias para conseguir el permiso de retirarse á la Trapa, y habiéndoselo al fin concedido se puso en camino para aquella abadía en 1766, cuando aún no tenia mas que diez y seis años de edad. Como era tan jóven no le admitieron, y asi lleno de afliccion el jóven Benito, se fué á casa del abate Vicente, su tio materno, que entonces era vicario de Couteville, en donde prosiguió sus estudios. Como no se habia amortiguado su aficion á la vida religiosa, hizo con los cartujos algunos ensayos, que no produjeron mejores resultados que su primera tentativa para entrar en la Trapa; pues en ambas partes sufrió penas interiores tan grandes, que le obligaron á salirse. Cuando volvió á casa de su tio conservó las prácticas de mortificacion que habia visto usar en aquellas comunidades: sus ayunos eran rigurosos, y la desnuda tierra le servia de lecho en las pocas horas de descanso que cercenaba á la oracion.

(1) M. el abate de Tresvaux, *Suplem. á las Vidas de los Padres etc.*, 475-481.

Su madre que le amaba tiernamente, se alarmó al ver aquellas austeridades, tachó de indiscreción su fervor, y le reprendió vivamente. Pero Benito sin conmoverse la respondió que, llamándole Dios á una vida austera y penitente, él principiaba á disponerse para entrar en el camino de su vocación.

El santo penitente hizo á la edad de veinte y un años nuevos esfuerzos para entrar en la Trapa, sin poder conseguir el fijarse en ella; de allí pasó á la abadía de Siete-Fuentes, que era célebre por la severidad de la regla que en ella se practicaba. Despues de haber pasado algunos meses de noviciado bajo el nombre de Fr. Urbano, tuvo tambien que salir del convento. Su salud quebrantada gravemente obligó al superior á aconsejarle que se marchara, pero dándole un certificado que acreditaba su buen comportamiento. Entonces fué (1770) cuando emprendió el viaje á Italia, pensando entrar en algun convento de este país, pero otros eran los designios de la Providencia: no parece sino que Dios habia permitido que Benito viese muchos conventos para prepararle al extraordinario género de vida á que le destinaba. No se sabe que despues de haber entrado en Italia, tratase de fijarse en ninguna casa religiosa; por el contrario, se fué derecho á Roma pasando por Loreto y por Asís, viviendo siempre como pobre peregrino. Nueve meses permaneció en la capital del mundo cristiano, visitando los lugares y objetos á propósito para satisfacer su devoción, y luego partió para Fabriano á visitar las reliquias de San Romualdo, fundador de los camaldulenses. Durante los años que siguieron á su llegada á Roma, Benito José hizo diversas peregrinaciones y algunas á sitios bastante lejanos. Dos veces visitó la célebre iglesia de Nuestra Señora de Einsidlen ó de las Ermitas en Suiza; el sepulcro de San Nicolás en Bari; el monte Gargano en el reino de Nápoles. En sus viajes caminaba por lo general descalzo, así en invierno como en verano, vestido con una espe-

cie de túnica que casi se le caía á pedazos sin compañero de viaje para no distraerse, y sin provisiones para el dia siguiente. Vivía de limosnas, pero no mendigaba, ni guardaba nada mas que lo estrictamente necesario, y partía con los demas pobres todo lo que le daba la caridad. Su aire dulce y piadoso excitaba el interés, á pesar de su exterior miserable; pero apenas echaba de ver que llamaba la atención, cuando al momento variaba de mansion ó de camino. Seis años pasó el siervo de Dios en estos rudos ejercicios de penitencia, despues de los cuales volvió á Roma, y no salió mas que para hacer una peregrinación anual á Loreto. Su única ocupación era permanecer todo el dia en los templos orando en pie ó de rodillas; por la noche asistía á una instrucción que acostumbraba hacerse á los pobres, y luego se retiraba á una cavidad que le proporcionaban las paredes arruinadas de junto el anfiteatro de Vespasiano, que suele tambien llamarse coliseo. Este sitio le convenia particularmente, porque estaba situado cerca de las capillas de las estaciones de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, establecidas en este anfiteatro, y que él visitaba frecuentemente; pero era tal la incomodidad de aquel sitio, que al fin tuvo que dejarlo y tomar un lecho en el hospital evangélico en donde permaneció hasta la muerte.

Despues de haber contado las principales circunstancias de la vida de Benito José, debemos dar á conocer las virtudes que mas brillaron en él. Hé aqui algunos rasgos que demuestran el punto de perfección con que las poseía. Su humildad era profunda. En uno de los viajes á Loreto, el administrador del hospital le dió una carta para una religiosa de Santa Clara de Monte-Lupone. Esta religiosa instruida de la santidad del pobre viajero, se la refirió á sus hermanas, y todas juntas vinieron á encomendarse á sus oraciones: esto fué lo bastante para que el virtuoso varon se alejara cuanto antes de aquel sitio. Al volver

á Roma le dijo al administrador: «He dado vuestra carta á la religiosa; pero me he guardado bien de volver por la respuesta.» — «¿Por qué?» le preguntó aquel. — «Porque aquellas religiosas piensan que yo soy algo bueno, y estoy muy lejos de serlo. Por consiguiente, he tomado el partido de no volverlas á ver.» Pasando un dia por una plaza de Roma, vió á unos jóvenes ociosos que se divertían de un modo indecente: «Hijos míos, les dijo, no es para eso para lo que Dios os ha criado y os tiene sobre la tierra.» Estas comedidas palabras bastaron para amotinar contra él á aquella turba insensata, que se puso á maltratarle con dieterios y pedradas. Un hombre de bien intentó defenderle; pero Benito José le dijo con dulzura: «Dejadles hacer; si supierais quien soy, os uniríais á ellos, y aun haríais mas que lo que ellos hacen.» Su paciencia era inalterable. En cierta ocasión fué asaltado por unos insolentes cerca de la columna de Trajano, y le hicieron mil ultrajes, creyendo que era un demente, ó por lo menos aparentando creerlo. El siervo de Dios ni siquiera trató de escaparse: entregóse al poder de aquellos malignos, sin abrir la boca para quejarse, y mientras ellos quisieron, fué blanco de su brutalidad. Habiendo cierto dia recibido una pequeña limosna, la entregó segun su costumbre á otro pobre que estaba inmediato. Visto lo cual por el que se la habia dado, y achacándolo á desprecio, levantó el baston y le sacudió, diciéndole: «¿Pues qué, miserable, creías que te iba á dar una moneda de oro?» El santo varon toleró este mal trato sin decir ni una sola palabra para justificarse. Su mortificación y desprendimiento de las criaturas eran perfectos. Crucificado para el mundo, no apetecía otro bien que á Dios. Su vida entera es un testimonio de lo mucho que amó estas dos virtudes.

Cuando mas se iba acercando José Benito al término de su mortal carrera, tanto mas redoblaba su fervor. No era raro verle el ros-

tro durante la oración rodeado de una aureola, como suele pintarse la cabeza de los serafines. A pesar del empeño que tenia en ocultarse de todo el mundo, era con frecuencia objeto de la atención pública y acostumbraban venerarle como á un Santo. Su vida era una oración no interrumpida mas que por obras de misericordia, ó para tomar un momento de reposo. En 1782 eligió para confesor al abate Marconi, lector del Colegio Romano, que no tardó en conocer el mérito de su penitente y las extraordinarias gracias que Dios le dispensaba, por cuya razón tomó por él un interés especial. Habiendo Labre pasado la Cuaresma de 1783 en la práctica de la mas rigurosa penitencia, cayó desmayado el 16 de abril, miércoles Santo, en las gradas que conducen al pórtico del templo de Nuestra Señora de los Montes en Roma, y fué conducido á casa de un hombre honrado llamado Zacarelli, que era amigo suyo. Apenas puso los pies en ella, volvió á perder enteramente el conocimiento, y en tanto que los concurrentes rezaban por él á la Virgen Santísima, objeto predilecto de su tierna devoción, murió tranquilamente el mismo dia 16 de abril de 1785, á la edad de treinta y cinco años.

No bien hubo exhalado su último suspiro, cuando en todos los sitios públicos de Roma no se oía decir otra cosa mas que: «El Santo ha muerto.» El pueblo corría presuroso á ver aquel mártir de la penitencia. Su cadáver expuesto al público por espacio de cinco dias, conservó su frescura y flexibilidad, sin señal alguna de corrupción, y en este estado fué visto por un inmenso concurso, y por último, se le dió sepultura cerca del altar mayor de Nuestra Señora de los Montes, siendo su sepulcro uno de los sitios mas frecuentados por los peregrinos de Roma. Invocaban confiadamente al siervo de Dios, y esta confianza no era del todo vana; pues repetidos milagros dieron testimonio del valimiento que el Santo tenia en el cielo. Cuéntanse mas de cincuenta